

desarreglo de sus costumbres y la antihigiénica de hacer de la noche día, motivo de tantas enfermedades y del raquitismo de la generación presente. Él se reía.

«Por respeto á usted, maestro — me dijo —, voy á acompañarle hasta casa. Después me voy á la *Farmacia*.

— ¡Y tu madre esperándote, desvelada y llena de temores! Manuel, no te conozco. Parece mentira que seas mi discípulo.

— Buen barbián está usted, maestro... ¿Pues no se retira usted tan tarde como yo? En un metafísico eso es imperdonable. ¡Si está usted hecho un gomoso!... Concluirá usted por ir á la cátedra antes de acostarse y presentarse de frac ante los alumnos. ¡Cómo cunde el mal ejemplo.»

Sus bromitas me desconcertaron un poco; pero no quise ceder.

«Mira, perdido — le dije tomándole por un brazo —. Que quieras que no, te llevo á casa. No irás á la *Farmacia*. Yo lo mando y tienes que obedecer á tu maestro.

— Transacción... Procuremos conciliarlo todo, como dice su hermano de usted. No iré á la *Farmacia*; pero no puedo acostarme sin tomar algo.

— Pero, gandul, ¿no has cenado en casa de José?

— Sí... Distingamos; no es precisamente porque tenga apetito. Es por aquello de ir á alguna parte.

— ¿Y adónde quieres ir?

— Renuncio á la *Farmacia* con tal que usted me acompañe á tomar buñuelos.

— ¿Dónde, libertino?

— Aquí en la buñolería de la calle de San

Joaquín. Está fría la noche, y una copita de aguardiente no viene mal.

— ¿Estás loco? ¿Crees que yo...?

— Vamos, *magister*, sea usted amable. Ya ve usted que por complacerle renuncio á ir á mi círculo. Es cuestión de diez minutos. Luego nos iremos juntos á nuestra casita, como las personas más arregladas del mundo.»

Y tirando de mi capa, hizo tales esfuerzos por meterme consigo en aquel local innoble, que no pude resistirme, ni creí oportuno disputar más con él por un acto que en verdad era insignificante.

«¡Caprichoso!

— Sentémonos, maestro.»

XX

¡Me parecía mentira!

¡Yo sentado en el banco de una buñolería, á las cuatro de la mañana, teniendo delante un plato de churros y una copa de aguardiente!... Vamos, era para echarme á reír, y así lo hice. ¿Quién se llamará dueño de sí, quién blasonará de informar con la idea la vida, que no se vea desmentido, cuando menos lo piense, por la despotica imposición de la misma vida, y por mil fatalidades que salen á sorprendernos en las encrucijadas de la sociedad, ó nos secuestran como cobardes ladrones? La pícaro sociedad, blandamente y como quien no hace nada, me había estafado mi serenidad filosófica, y tiempo llega-

ría, si Dios no lo remediaba, en que yo no hallaría en mí nada de lo que formó mi vigorosa personalidad en días más venturosos.

Estas reflexiones hacía yo, mirando á dos parejas que en las mesillas de enfrente estaban, y asombrándome de verme en tal compañía. Eran cuatro artistas del género flamenco, dos machos y dos hembras, que acababan de salir del café teatro de la esquina, donde cantaban todas las noches. Ellas eran graciosas, insolentes, la una gordiflona, espiritual la otra, ambas con mantones pardos, pañuelos á la cabeza liados con desaliño y formando teja sobre la frente; las manos bonitas, los pies calzados con perfección. De capa, pавero y chaqueta peluda, afeitados como curas, peinados como toreros, sin coleta, los hombres eran de lo más antipático que puede verse en la Creación. Las cuatro voces roncadas sostenían un diálogo picado, zumbante y lleno de interjecciones, del cual no se entendían más que las groserías y barbarismos. Era la primera vez que yo me veía tan cerca de semejantes tipos, y no les quitaba los ojos.

«¡Qué guapa es la gorda! — me dijo Manuel. — Maestro, veo que se entusiasma usted.

— ¿Yo?...

— Si parece que quiere usted comérsela con los ojos...

— No seas necio.

— Y ella no lo lleva á mal, maestro. También le echa á usted los ojazos. Esto que allá por otras regiones se llama *flirtation*, se llama aquí *tomar varas*.

— ¿Has acabado ya de beber tu aguardiente, vicioso? — le dije con vivos deseos de salir de allí.

— ¿Y usted no toma?

— ¿Yo? Quitá allá este asco, este veneno...

— ¿Sabe usted, maestro, que estoy esta noche así como excitado de nervios, enardecido de sangre, y parece que una electricidad se me pasea por todo el cuerpo?... Siento apetito de acción, de violencia; no sé lo que pasa en mí...»

Yo le miraba atentamente y reflexionaba sobre aquel estado de mi discípulo, que era cosa nueva en él, y desagradable para mí, que tanto le quería.

«Porque, sí, señor — siguió —; hay ocasiones en que nos es necesario hacer cualquier barbaridad, como compensación de las tonterías y cosas que informan nuestra vida habitual; algo violento, algo dramático. Suprima usted de la vida el elemento dramático, y adiós juventud. ¿No le parece á usted que nos divertiríamos si ahora armase yo camorra con esta gente?

— ¡Con éstos!... Por Dios, Manuel, á ti te pasa algo. Tú estás loco, ó has bebido...

— Después de todo, ¿qué pasaría? Nada. Esta es gente cobarde. Iríamos todos á la prevención, y mañana, mejor dicho, hoy, faltaría usted á clase, y quizás tendrían que ir el rector y el decano á sacarle de las uñas de la Policía.

— Si tuviera aquí palmeta y disciplinas, te trataría como trata un maestro de escuela al más pillo de sus alumnos. No mereces otra cosa. Desde que no estás bajo mi dirección has variado tanto, que á veces me cuesta trabajo conocerte. Piensas y hablas tan bajamente, que me aflige considerar la esterilidad de lo que te enseñé.

— ¡Oh!, no — exclamó Peña con vehemencia, dándose una puñada sobre el corazón y un palmetazo en la frente —. Algo queda. Mucho hay aquí y aquí, maestro, que permanecerá por

tiempo infinito. Esta luz no se extinguirá jamás, y mientras haya espacio, mientras haya tiempo...»

Los cuatro flamencos se levantaron para marcharse. Viendo el entusiasmo de Manuel, ellos se miraron asombrados, ellas sofocaban la risa. Se me parecieron á las dos célebres mozas que estaban á la puerta de la venta cuando llegó don Quijote y dijo aquellas retumbantes expresiones, que tanto disonaban del lugar y la ocasión. Yo vi el cielo abierto cuando se fueron los del *cante*, porque así no tenía Manuel con quién armar la trapisonda que deseaba.

La buñolería estaba pintada de rojo, á estilo de las tabernas de Madrid. Las paredes sucias, forradas de un papel con casetones repetidos, llenos de pastorcitas, ofrecían una superficie rameada y pringosa. Un mostrador chapeado de latón, varias sillas desvencijadas, un reloj y un calendario americano, que no sé para qué servía, formaban el mueblaje, y el vaho de aceite frito espesaba la atmósfera.

«Vámonos, Manuel; esto es un escándalo.

— En ratito más...

— Yo me caigo de sueño.

— Pues yo estoy tan desvelado, que se me figura no he de dormir más en mi vida.

— A ti te pasa algo.

— Lo que dije á usted: que me anda, no sé si por el cuerpo ó por el alma, el prurito dramático, dándome cosquillas y picazones. Yo quiero hacer algo, *magister*; yo necesito acción. Esta vida de tiesura social y de pasividad sosa me cansa, me aburre. Estoy en la edad dramática (voy á ser pedante), en el momento histórico que no vacilo en llamar florentino, porque su

determinación es arte, pasiones, violencia. Los Médicis se me han metido en el cuerpo y se han posesionado de él como los diablillos que atormentan al endemoniado.»

No pude menos de reír.

«Vamos á ver, ¿qué lees ahora, en qué te ocupas?»

— Leo á Maquiavelo. Su *Historia de Florencia*, su *Mandrágora*, sus *Comentarios á Tito Livio* y su *Tratado del Príncipe* son los libros más asombrosos que han salido de manos del hombre.

— Mala, perversa lectura si no va precedida de la preparación conveniente. Es mi tema, querido Manuel; si no haces caso de mí, tu inteligencia se llenará de vicios. Dedicáte al estudio de los principios generales...

— ¡Oh, maestro, por favor, no siga usted! La Filosofía me apesta. La Metafísica no entra en mí. Es un juego de palabras. ¡La Ontología! Por Dios, aparte usted de mí ese cáliz emético. Cuando tomo una pócima de substancia, ser y causa, estoy malo tres días. Me gustan los hechos, la vida, las particularidades. No me hable usted de teorías, hábleme de sucesos; no me hable usted de sistema, hábleme de hombres. Maquiavelo me presenta el panorama rico y verdadero de la naturaleza humana, y por él doy á todos los filosofistas habidos y por haber.

— Estamos haciendo el tonto, Peña; estamos discutiendo en una buñolería el tema radical y eterno. No profanemos la inteligencia, y vámonos á dormir... En otra ocasión discutiremos. Tú has variado mucho y has crecido lozano y vigoroso, pero algo torcido. Yo necesito enderezarte. Algo hay en ti que no me gusta, que no precede de mis lecciones. Quizás alguna pasajera

florescencia del espíritu, de esas que marcan el período culminante de la juventud... En fin, sea lo que quiera, vámonos ya.»

Al fin logré que se levantara del tabernario banquetillo.

«Voy á revelarle á usted un secreto — me dijo cuando pasábamos junto al mercado, en cuyas galerías y puestos algún rumor, alguna lucecilla triste anunciaban los primeros desperezos de la faena del día —. Desde que estoy así..

— ¿Cómo?

— Así, nervioso, excitado, con estos estímulos musculares que me piden la violencia, la arbitrariedad, el drama... Pues desde que estoy así, mis antipatías son tan atroces, que al que me desagrada, le aborrezco con toda mi alma. ¿Sabe usted quién es la persona que más me carga de cuantos hay sobre la tierra?

— ¿Quién?

— Su hermano de usted, nuestro anfitrión de esta noche, el Sr. D. José María Manso, marqués presunto, según dicen.»

Lastimado de esta cruel antipatía, defendí á mi hermano con calor, diciendo á Peña que si aquél tenía ciertas ridiculeces y manías, era bueno y leal. Pero mi defensa exasperó más al joven, el cual sostuvo que toda la rectitud y lealtad de José no valían dos pepinos. Sospeché que Manuel había oído en los corrillos políticos del salón de mi hermano algún comentario picante, alguna frase alusiva á su humildísimo origen, y que, mortificado por esto, confundía en un solo aborrecimiento al dueño de la casa y á los murmuradores. Así se lo dije, y me confesó que, en efecto, había oído cosillas que lastimaban su dignidad horriblemente; pero que en este orden de

agravios, el delincuente era Leopoldito Tellería, marqués de Casa-Bojío, por lo cual mi buen amigo aguardaba una coyuntura propicia para romperle el bautismo.

«¿Duelito tenemos? — dije, no pudiendo consentir que mi discípulo, á quien yo había inculcado las más severas nociones de moral, me viese hablando de resolver sus asuntos de honor con el bárbaro, ineficaz procedimiento del desafío, herencia del vandalismo y de la ignorancia.

— Usted no vive en el mundo, maestro — replicó él —. Su sombra de usted se pasea por el salón de Manso; pero usted permanece en la grandiosa Babia del pensamiento, donde todo es ontológico, donde el hombre es un sér incorpóreo, sin sangre ni nervios, más hijo de la idea que de la Historia y de la Naturaleza; un sér que no tiene edad, ni patria, ni padres, ni novia. Diga usted lo que quiera; pero me parece que si yo no tuviera ocasión de ponerle la mano en la cara al marqués de Casa-Bojío, y de echarle al suelo y de pasearme luego por su cuerpo, llegaría á creer que el Universo está desequilibrado y que el orden de la Naturaleza se ha destruído... ¿Y lo creerá usted? Hay otro sujeto que me encocora más que Leopoldito, y es el benemérito hermano de mi maestro.

— ¿Y también quieres desafiarle? ¿Pero estás loco? Anda..., has declarado la guerra al género humano... Manuel, Manuel, niño, modera esos impulsitos, ó será preciso ponerte un chaleco de fuerza. Estás hecho un pisaverde, un monstruo de alfeñique, un calaverilla de estos que se estilan hoy, verdaderos muñecos desengonzados que representan el Don Juan con los trapos y la voz de Polichinela.»

Cuando subíamos la escalera, la señora de Peña abrió la puerta. Nunca se acostaba hasta que no volvía de la calle su hijo. Aquella noche, la célebre doña Javiera, soñolienta y mal humorada por la tardanza del nene, nos echó un mediano rópice á los dos.

«¡Ay, qué horas, qué horas de venir á casa!... ¿Pero también usted, amigo Manso, anda en estos pasos? ¿Usted tan pacífico, tan casero, tan madrugador, se descuelga aquí á las cuatro y media de la mañana? ¡Vaya con el maestríto, con el padrote!...

— Este píllo, señora, este píllo es quien me pervierte.

— No, mamá; él á mí.

— ¡Ay!, hijo, qué pálido estás... ¿Qué tienes? ¿Te ha pasado algo?

— Nada, mamá; no tengo nada.

— ¿Pero no entras á acostarte?

— Voy un momento arriba con el amigo Manso. Quiero que me deje unos libros que necesito.

— ¡Libros tú! — le dije, entrando en mi casa.

— ¿Para qué quieres libros?

— Para preparar mi discurso.

— ¿Qué discurso? ¿Ahora sales con eso?

— Usted sí que está en Belén. ¿No le he dicho á usted que pienso hablar en la gran velada?

— ¿Qué gran velada es ésa?

— La que dará la *Sociedad para socorro de los inválidos de la Industria*.

— ¡Ah!, es verdad. ¿Sobre qué tema vas á hablar? Toma los libros que quieras...»

Yo me caía de sueño. Dejéle en el despacho y me fuí á mi alcoba, que era la pieza contigua. Desde mi cama le veía revolviendo en los estantes, tomando y dejando este ó el otro libro.

Antes de dormirme, le dije:

«Mañana me contarás los motivos de ese resentimiento que sientes contra mi pobre hermano.

— No lo puedo decir, es un secreto... ¿Le parece á usted que me lleve á Spencer?

— Hombre, llévate al moro Muza, y déjame descansar.»

Ya desvanecido en el primer sueño, le oí decir:

«Es un canalla, es un canalla.»

Y dormido profundamente, en mi cerebro no había más reminiscencias de la vida exterior que aquellas palabras rielando en la superficie obscura y temblorosa de mi sueño, como el fulgor de las estrellas sobre el mar.

XXI

Al día siguiente...

Pero antes quiero hacer una confidencia. El hecho que voy á declarar me favorece poco, me pintará quizás como hombre vulgar, insensible á los delicados gustos de nuestra sociedad reformista; pero pongo mi deber de historiador por delante de todo, y así se apreciará por esta franqueza la sinceridad de las demás partes de mi narración. — Vamos á ello. Las buenas comidas y los platos selectos de la mesa de mi hermano llegaron á empacharme, y como transcurrían semanas enteras sin que pudiera librarme de comer allá, concluí por echar de menos mi habitual mesa humilde y el manjar preferente de

ella, los garbanzos, que para mí, como he dicho antes, no tienen substitución posible. El apetito de aquella legumbre me fué ganando, y llegó á ser irresistible. Estaba yo como el fumador vicioso, cuando por mucho tiempo se ve privado de tabaco. Siempre que pasaba por la Corredera de San Pablo y por la tienda de que soy parroquiano, titulada la *Aduana en comestibles*, se me iban los ojos al gran saco de garbanzos colocado en la puerta, y no por verlos crudos se me antojaban menos sabrosos. No pudiendo refrenar más mi deseo, resistíme un día á comer con Lica, y previne á Petra que me pusiera el cocido de reglamento. No tengo más que decir sino que me desquité bárbaramente de la privación que había sufrido. Y ahora, adelante.

Al día siguiente encontré á mi hermano en el cuarto de estudio. Quería enterarse personalmente de los adelantos de los niños. Festivo con la maestra, y afectando hacia los alumnos una severidad enfática, que me pareció fuera de lugar, el futuro marqués me estorbó para decir á Irene varias cosillas que pensadas llevaba. A ella la encontré cohibida y como atontada con la presencia, con las preguntas y con la amabilidad del amo de la casa. No daba pie con bola en las lecciones, y las alumnas corregían á la maestra. Para mayor desgracia, también me privó mi hermano de pasear, llevándome, que quieras que no, á ver al director de Instrucción pública para un asunto que no me interesaba.

Por fin me convencí de que José María no era un modelo de maridos. Varias veces me había hecho Lica algunas indicaciones sobre este particular, pero me parecieron extravagancias y mimos. Una tarde, ¡ay!, dispuso mi cuñada que

Irene, los niños y el ama salieran en el coche. Mercedes había salido con sus amigas. Yo permanecí en la casa, pues aunque mi gusto habría sido ir al Retiro con Irene, no tuve más remedio que quedarme acompañando á Manuela. Esta me manifestó vivos deseos de hablarme á solas, y yo dije para mí: «Prepárate, amigo Máximo; ya te cayó que hacer. Despabilate y refresca tus conocimientos de ornamentación doméstica y gastronomía suntuaria.»

Pero Lica se ocupó muy poco de estas cosas, y parecía haber tomado en aborrecimiento los saraos y los comistrajos, según el desprecio con que de ello hablaba. Sus cuitas de esposa no le permitían atender á tonterías de vanidad, y apenas hubo tocado el delicado punto donde estaba su herida, comenzó á llorar. Oía yo sus quejas, y no acertaba á darle ningún consuelo eficaz. ¡Pobre Lica! Sus palabras exóticas, sus cláusulas truncadas, á las que el dolor y la verdad daban persuasiva elocuencia; sus hipérboles americanas no se me han olvidado ni se me olvidarán nunca. — Estaba muy brava; tenía el alma abrasada y la vida en salmuera con las cosas de Pepe María. Ya no le valía quejarse y llorar, porque él no hacía maldito caso de sus quejas ni de sus lágrimas. Se había vuelto muy guachinango, muy pillo, y siempre encontraba palabras para escaparse y aun para probar que no rompía un plato. Tenía olvidada á su mujer, olvidados á sus hijos; todo el santo día se lo pasaba en la calle, y por la noche salía después de la reunión y ya no se le veía más hasta el día siguiente á la hora de almorzar. Marido y mujer sólo cambiaban algunas palabras tocante á la invitación, al te, á la comida, y pare usted de contar...

Esto podría pasar si no hubiera otras cosas peores, faltas graves. José María estaba echado á perder; la compañía y el trato de Cimarra le habían *enciguatado*; se había corrompido como la fruta sana al contacto de la podrida... Ya no le quedaba duda á la pobrecita de la atroz infidelidad de su esposo. Ella se sentía tan afrentada, que sólo de pensarlo se le salían los colores á la cara, y no encontraba palabras para contarle... Pero á mí podría decírmelo todo. Sí; revolviendo una mañana los bolsillos de la ropa de José María, había encontrado una carta de una *sinvergüenza*... ¡Una carta pidiéndole dinero!... Se volvía loca pensando que la plata de sus hijos iba á manos de una...

Pero á la infeliz esposa no le importaba la plata, sino la *sinvergüencería*... ¡Ay! Estaba bramando. Con ser ella una persona decente, si cogiera delante á la bribona que le robaba á su marido, le había de dar una buena soba y un par de galletas bien dadas. ¡Ay qué Madrid, qué Madrid éste! Vale más andar en camisón por el monte, vivir en un bohío, comer vianda, jutía y naranjas cajales, que peinar á la moda, arrastrar cola, hablar fino y comer con ministros... Mejor estaba ella en su bendita tierra que en Madrid. Allí era reina y señora del pueblo; aquí no le hacían caso más que los que venían á comerle los codos, y después de vivir á su costa se burlaban de ella. Luego esta vida, Señor, esta vida en que todo es forzarse una, fingir y ponerse en tormento para hacer todo á la moda de acá, y tener que olvidar las palabras cubanas para saber otras, y aprender á saludar, á recibir, á mil tontadas y boberías... No, no; esto no iba con ella. Si José no se enmendaba, ella se plantaba

de un salto en su tierra, llevándose á sus hijos.

Yo la consolé diciéndole lo que tantas veces me había dicho ella á mí; á saber: que no fuera ponderativa. Su imaginación, hecha á las tintas y á las magnitudes tropicales, agrandaba las cosas. ¿No podría ser que la carta descubierta no tuviera la significación pecaminosa que ella quería darle?... A esto me respondió con ciertas aclaraciones y datos que no me dejaron duda acerca de los malos pasos de mi hermano. Su amistad con Cimarra, que había llegado á ser muy íntima, me anunciaba desastres sin cuento y quizás rápidas mermas en el peculio del esposo de Lica. Esta no concluyó sus confidencias con lo que dejó escrito, sino que fué sacando á relucir otras grandes picardías del futuro marqués, que me dejaron absorto. — En su propia casa se atrevía el indigno... á ciertas cosas que resultaban en desdoro de toda la familia, y principalmente de su digna esposa... ¿Pues no tenía el atrevimiento de galantear á Irene?...

¡A Irene!

¡Sí; el muy...! La pobre Lica se ponía fuera de sí al tocar este punto. No acertaba á expresar su furor sino á medias palabras... ¡En su propia casa, en su misma cara! Pues sí, era una persecución no bien disimulada... ¡Ultimamente lo hacía con un descaro...! Por las mañanas se metía en la salita de estudio y se estaba allí las horas muertas... Una noche entró en el cuarto de Irene, cuando ésta se retiraba. En fin, ¿para qué hablar más de una cosa tan desagradable?... La tarde anterior hubo una escena fuerte entre marido y mujer en la puerta misma... ¡Cómo se le atragantaban las palabras á la buena Lica!...; en la puerta misma del cuartito de la

institutriz. Era indudable que ésta no alentaba ni poco ni mucho el indecoroso galanteo del dueño de la casa. Por el contrario, Irene no disimulaba su pena; era una muchacha honesta, dignísima, que no podía tener responsabilidad de los atrevimientos de un hombre tan... En fin, aquella misma mañana Irene había manifestado á la señora que deseaba salir de la casa. Ambas habían llorado... Era una buena de Dios...

Y para concluir, yo, Máximo Manso, el hombre recto, el hombre sin tacha, el pensamiento de la familia, el filósofo, el sabio, era llamado á arreglarlo todo, haciendo ver á José la fealdad y atroces consecuencias de su conducta inicua; pintándole... yo no sé cuántas cosas dijo Lica que debía yo pintarle. La cuitada no guardaría rencor si su esposo se enmendaba, y estaba decidida á perdonarle, sí, á perdonarle de todo corazón, si volvía al buen camino, porque ella quería mucho á su marido, y era toda alma, sentimiento, cariño, mimito y dulzura... Y ya no me dijo más, ni era preciso que más dijera, porque bastante había sabido yo aquella tarde, y tenía materia sobrada para poner en ejercicio mis facultades de consejo.

XXII

«Esto marcha.»

Esto se complica — pensé al retirarme —. Henos aquí en plena evolución de los sucesos, asistiendo á su natural desarrollo y con el fatal deber de figurar en ellos, bien como simple tes-

tigo, lo cual no es muy agradable á veces, bien como víctima, lo que es menos agradable todavía. Ya tenemos que las energías morales, ó llámense caracteres, actuando en la reducida escena de un círculo doméstico ó de un grupo social, han concluido lo que podríamos llamar en términos dramáticos su período de prótasis, y ahora, maduras y crecidas las tales energías, principian á estorbarse y se disputan el espacio, dando origen á rozamientos primero, á choques después, y quizás á furiosas embestidas. Tengamos calma y ojo certero. Conservemos la serenidad de espíritu que tan útil es en medio de una batalla, y si la suerte ó las sugestiones de los demás ó el propio interés nos llevan á desempeñar el papel de general en jefe, procuremos llevar al terreno toda la táctica aprendida en el estudio y todo el golpe de vista adquirido en la topografía comparada del corazón humano.

Desveláronme aquella noche la idea de lo que pasaba y las presunciones de lo que pasaría. Al día siguiente corrí á casa de mi hermano y dije á Lica:

«Vigila tú á doña Cándida, que yo vigilaré á Irene.»

Ella extrañó que yo recelase de Calígula, y me dijo que no sospechaba cosa mala de amiga tan cariñosa y servicial.

«Cuidado, cuidado con esa mujer... — le respondí creyendo hallarme en lo firme—. A pesar de la protección que se le da en esta casa, mi cínife no ha variado de fortuna y se crea todos los días nuevas necesidades. Nada le basta, y mientras más tiene más quiere. Se le ha matado el hambre, y ahora aspira á ciertas comodida-

des que antes no tenía. Proporcionale las comodidades, y aspirará al lujo. Dale lujo, y pretenderá la opulencia. Es insaciable. Sus apetitos adquieren con los años cierta ferocidad.

— Pero ¿qué tiene que ver, chinito...?

— Vigila, te digó; observa sin decir una palabra.

— ¿Y tú observarás á Irene?

— Sí. La creo buena, la tengo por excepcional entre las jóvenes del día. Es superior á cuanto conozco, es una maravilla; pero...

— A todo has de poner pero...

— ¡Ay! Manuela, no sabes á qué tentaciones vive expuesta la virtud en nuestros días. Tú figúrate. Se dan casos de criaturas inocentes, angelicales, que en un momento de desfallecimiento han cedido á una sugestión de vanidad, y desde la altura de un mérito casi sobrehumano han descendido al abismo del pecado. La serpiente las ha mordido, inoculando en su sangre pura el virus de un loco apetito. ¿Sabes cuál? El lujo. El lujo es lo que antes se llamaba el demonio, la serpiente, el ángel caído; porque el lujo fué también querubín, fué arte, generosidad, realeza, y ahora es un maleficio mesocrático, al alcance de la burguesía, pues con la industria y las máquinas se ha puesto en condiciones perfectas para corromper á todo el género humano, sin distinción de clases.

— *Aguaita*, Máximo; si quieres que te diga la verdad, no entiendo lo que has hablado; pero ello será cierto, pues tú lo dices... Bueno; cuidado con la maestra...

Y en mi cerebro se estampó aquello de *cuidado con la maestra*, de tal modo, que sólo la idea de mi papel de vigía aumentaba mi suspicacia.

Porque en mí habían surgido terribles desconfianzas, ¿á qué negarlo? Mi fe en Irene se había quebrantado un poco sin ningún motivo racional. Es que el procedimiento de duda que he cultivado en mis estudios como punto de apoyo para llegar al descubrimiento de la verdad, sostiene en mi espíritu esta levadura de malicia, que es como el planteamiento de todos los problemas. Y en aquel caso, mientras más me mortificaba la duda, más quería yo dudar, seguro de la eficacia de este modo del pensamiento; y de la misma manera que éste ha realizado grandes progresos por el camino de la duda, mi suspicacia sería precursora del triunfo moral de Irene, y tras de mi poca fe vendría la evidencia de su virtud, y tras de las pruebas rigurosas á que la sometería mi espíritu de hipótesis, resultarían probadas racionalmente las perfecciones de su alma preciosa. Por otra parte, aquel desasosiego en que yo estaba desde que supe las acometidas de José me revelaba el profundo interés, el amor, digámoslo de una vez, que Irene me inspiraba, y que hasta entonces podía haberse confundido ante mi conciencia con cualquier aberración caprichosa del sentimiento ó de los sentidos. Yo tenía ardientes celos; luego, yo quería con igual ardor á la persona que los motivaba.

Lo primero que resolví fué ocultar á Irene lo que sentía, mientras no fuera para mí claro como la luz del sol que la maestra resistiría las torpes asechanzas de mi hermano. Entré á verla. ¡Qué confusión se apoderó de mí al hallarla meditabunda, tristísima, más pálida que nunca, como si embargaran su alma graves y contradictorios pensamientos! ¿Qué le pasaba? Toda mi habilidad y mi charla capciosa no consiguie-

ron abrir el sagrario de su alma, ni sorprender por una frase el misterio encerrado en ella. Aquel día funesto no la vi sonreír. Desmintió por completo la idea que yo tenía de su ecuanimidad y del reposo y sereno equilibrio de su carácter. No pude obtener de ella más que monosílabos. Fija su vista en la labor, hacía nudos y más nudos, y yo me figuraba que cada uno de éstos era un *ergo* de la enmarañada dialéctica que había en su cabeza, porque indudablemente pensaba, y discutía y ergotizaba y hacía prodigios de sofística.

Muy mal impresionado me retiré á mi casa, y tan inquieto estuve, tan hostigado del recelo, de la curiosidad, que á la siguiente mañana, luego que concluyó la lección de los niños, abordé mi asunto y le dije:

«Ya sé todo lo que le pasa á usted. Manuela me ha contado las locuras de José María.»

Oyóme tranquila y se sonrió un poco. Yo esperaba sorprender en ella turbación grande.

«Su hermanito de usted — me contestó — es muy particular. Qué poco se parece á usted, amigo Manso. Son ustedes el día y la noche.»

Yo seguí hablando de mi hermano, de su carácter ligero y vanidoso; le disculpé un poco; puse en las nubes á Lica, y...

Irene me interrumpió diciéndome:

«Aunque D. José no ha vuelto á entrar aquí, ni me ha dirigido una palabra desde la escena aquella, me parece que no puedo seguir en esta casa.»

No hice más que un signo de sorpresa, porque no me atreví á contestarle negativamente. Comprendí que tenía razón. Preguntéle si el motivo de la tristeza que había notado en ella el día anterior tenía por causa las desagradables

galanterías del amo de la casa, y me contestó: «Sí y no... Sería largo de explicar, pues... sí y no.»

¡Sí y no! Admirable fórmula para llegar al colmo de la confusión ó á la locura misma.

«Pero sea usted sincera conmigo. Usted me ha dicho que me consultaría no sé qué asunto grave, y aun creo que dijo: «Juro hacer lo que usted me mande.»

Entonces me miró muy atenta. Sus ojos penetraban en mi alma como una espada luminosa. Nunca me había parecido tan guapa, ni se me había revelado en ella, como entonces, aquella hermosura inteligente que los más excelsos artistas han sabido remedar en esas pinturas alegóricas que representan la Teología ó la Astronomía. Yo me sentí inferior á ella, tan inferior que casi temblaba cuando le oí decir:

«Usted ha dudado de mí... Luego no es usted digno de que yo le consulte nada.»

Era verdad, era verdad. Mis preguntas capciosas, mis inquisitoriales averiguaciones del día anterior debieron serle poco gratas. Su resentimiento me pareció bellissimo, y dióme tanto placer, que no pude ocultarle cuánto me agradaba el noble tesón suyo. Hícele declaraciones de firme amistad; pero sin excederme ni dar á entender otra cosa, pues no era llegada la ocasión, ni había logrado yo la evidencia que buscaba, aunque tenía el presentimiento de ella.

Salimos á paseo. Mostróse apacible y cordial; pero en nuestra conversación, en nuestros escarceos y juegos de diálogo me manifestaba que algo había que no estaba dispuesta á revelarme, y ese algo era lo que se me ponía á mí entre ceja y ceja, mortificándome mucho.

«Yo haré méritos — le dije — para ganar otra vez su confianza y oír las consultillas que quiere usted hacerme.

— Veremos. Por de pronto...

— ¿Qué?

— Por de pronto no me ametralle usted á preguntas. Quien mucho pregunta poco averigua. Tenga usted más paciencia y confianza en mi espontaneidad. En esto soy tremenda; quiero decir que cuando no me chistan me entran á mí deseos de contar algo. Y en cuanto á las consultillas, pierden toda su sal si no se hacen en tiempo oportuno y cuando ellas solas se salen del corazón.»

Esto me hizo reír, y cuando nos despedimos en casa de Lica, me reí más con esta salida de Irene:

«Para que haga usted más méritos, le voy á pedir otro favor... ¡Cuánto le agradecería que me hiciera una notita, un resumen, pues, en un papelito así..., de la Historia de España! ¿Creerá usted que se me confunden los once Alfonsos y no les distingo bien? Todos me parece que han hecho lo mismo. Luego se me forma en la cabeza una ensalada de Castilla con León, que no sé lo que me pasa. ¿Hará usted la nota?...

— Pero, criatura, ¿la Historia de España en un papelito?...

— Nada más que los once Alfonsos. De don Pedro el Cruel para acá ya me las manejo bien... ¡Qué cosa más aburrida! Aquellas guerras de moros, siempre lo mismo, y luego los casamientos del de acá con la de allá, y reinos que se juntan, y reinos que se separan, y tanto Alfonso para arriba y para abajo... Es tremendo. Le

soy á usted franca. Si yo fuera el Gobierno suprimiría todo eso.

— ¿La Historia?

— Eso, eso que he dicho. No se enfade usted por estas herejías, y abur.»

XXIII

¡La Historia en un papelito!

¿Cuándo se ha visto extravagancia semejante? Me parece que menudean demasiado los antojos. Un día la Gramática de la Academia, que apenas entiende; otro día lápices y dibujos que no usa; primero las poesías en bable, después la canción de Tosti, y ahora la historia de los Alfonsos en un papelito... Al demonio se le ocurre... Vaya, vaya, que no es tan grande en ella el dominio de la razón; que no hay en su espíritu la fijeza que imaginé, ni aquel desprecio de las frivolidades y caprichos que tanto me agradaba cuando en ella lo suponía. Pero lo extraño es que no por perder á mis ojos alguna de las raras cualidades de que le creí dotada, amengua la vivísima inclinación que siento hacia ella; al contrario... Parece que á medida que es menos perfecta es más mujer, y mientras más se altera y rebaja el ideal soñado, más la quiero y...

Esto pensaba yo aquella noche. Hondamente abstraído no asistí á la reunión. Ocupóme completamente al otro día un asunto universitario, que me tuvo no sé cuántas horas de Herodes á Pilatos, desde el despacho del rector á la Direc-

ción de Instrucción pública. Asistí á una comida dada por mis discípulos á tres catedráticos, y antes de retirarme á mi casa di una vuelta por la de mi hermano, donde encontré una gran novedad, que me refirió puntualmente Lica. La noche anterior habían cruzado palabras bastante agrias Manuel Peña y el marqués de Casa-Bojío. Fué cuestión de etiqueta que trajo al punto la cuestión de clases, y prontamente la de personas; tres cuestiones que se encerraban en una, en la necesidad de que ambos jóvenes se descrieraran á sablazos ó á tiros en lo que llaman el campo del honor. La dureza provocativa de las frases dichas por Peña en la malhadada disputa, y su resistencia á dar explicaciones, hacían inevitable el duelo.

Había querido José María arreglar el asunto hurgándose el caletre para buscar fórmulas de transacción, que tal era su fuerte; mas por aquella vez el abrazo de Vergara no vendría, como en 1839, sino después de la efusión de sangre, y ya estaba todo concertado para el día siguiente muy temprano. Cimarra y no sé qué otro caballero eran padrinos de mi discípulo. El disgusto de Lica era grande, y yo deploraba con toda mi alma que un joven de talento claro y de sanas ideas, educado por mí en el aborrecimiento de la barbarie humana, incurriera en la estúpida flaqueza de desafiarse. Lo que yo hablé aquella noche sobre este particular no es para contado aquí. Estuve casi elocuente, y Lica aprobaba con toda su alma mis ideas, y se admiraba de que un criterio tan sano no triunfara en la sociedad, anonadando el error y las preocupaciones.

Grande era la pena que yo sentía aquella no-

che para que no respondiera de malísimo gusto al insufrible y cada vez más pesado poeta, secretario de la *Sociedad de Inválidos*. Pero él, rechazado fuertemente por mi desvío, á la carga volvía con más empuje, y me acribillaba con sus inhumanas pretensiones. Quería, ni más ni menos, que yo tomase parte en la gran velada que se estaba organizando, y que echase también mi discursito, rivalizando con los demás oradores que ya estaban comprometidos, entre los cuales los había de primera fuerza. Resistíme á todo trance, me blindé con la razón de mi escaso poder oratorio; pero ni aun esto me valía, porque mi hermano, Pez y otros dos graves señores (uno de ellos ex ministro) que presentes estaban, me atacaron de flanco diciéndome que no hacían falta discursos brillantes, sino sólidos y razonados; que con mi palabra tendría la solemne fiesta una autoridad que no le darían los cantorios y los discursos floridos; y por último, que la *Sociedad*, si yo la desairaba negándole mi *valioso concurso*, vería en mi ausencia de la velada un vacío imposible de llenar con otro discurso ni con poesías ni con música.

Estas lisonjas no hacían mella en mi rígido carácter, y obstinadamente negué mi concurso. Díjome mi hermanito que yo era una calamidad; llamóme Lica *jollullo*, y *la cabeza parlante* me agració con un juicio bastante duro acerca del poco sentido práctico de los filósofos y de la escasa ayuda que prestan al movimiento de la civilización. El párrafo que este señor me echó, como una rociada de sabiduría, algo semejante al vinagrillo aromático, parecía un artículo de periódico, de esos que se escriben por el vulgo y para el vulgo, y que constituyen la escuela

diaria y constante de la vulgaridad. No hice caso y me marché á casa.

Deseaba saber si Manuel Peña estaba en la suya, y si doña Javiera se había enterado de las andanzas caballerescas de su niño. Buen sermón preparaba yo á mi discípulo, aunque en rigor de verdad, ya no había medio de retroceder en el lance, y la feroz preocupación social, verruga de la cultura moderna y escándalo de la Filosofía, sería inevitablemente respetada y cumplida. La idolatría del punto de honra me parece tan absurda hoy, como si á mis contemporáneos les diera de repente la humorada de restablecer los sacrificios humanos y de inmolar á sus semejantes en el altar de un muñeco de barro que representase cualquier divinidad salvaje. Pero tal es la fuerza del medio social, que yo, con todo el rigor y pureza intolerante de mis ideas, no habría osado alejar á Peña del bárbaro terreno ni sugerirle la idea de faltar al emplazamiento. ¿Qué más? Siendo quien soy, creo que no podría ni sabría eximirme de acudir al llamado *campo del honor*, si me viera impulsado á ello por circunstancias excepcionales. No olvidemos nunca los grandes ejemplos de debilidad humana, mejor dicho, de transacciones de la conciencia, determinadas por el medio ambiente. Sócrates sacrificó un gallo á Esculapio, San Pedro negó á Jesús.

Doña Javiera no sabía nada. Manuel había tenido el buen acuerdo de engañarla diciéndole que iba á Toledo con unos amigos, y que allí pasaría la noche. Con esto, la pobre señora estaba tranquila. Yo no lo estaba, pues aunque en la generalidad de los casos los duelos del día son verdaderos sainetes, y esta es la tendencia de

cuantos intervienen en ellos como padrinos ó compondores, bien podría suceder que las leyes físicas, con su fatalidad profundamente seria y enemiga de bromitas, nos regalasen una tragedia.

Desde muy temprano salí, al siguiente día, para enterarme de lo ocurrido, mas nada pude averiguar. A las diez no había entrado Peña en su casa, lo que me puso en cuidado; pero doña Javiera, sin sospechar cosa mala, decía: «Vendrá en el tren de la noche. Figúrese usted, en un día no tienen tiempo de ver nada, pues sólo en la Catedral dicen que hay para una semana.»

Corrí á casa de José, donde Lica, atrozmente inmutada, me dió la tremenda noticia de que Peñita había matado al marqués de Casa-Bojío. Sentí pena y terror tan grandes, que ni acerté á comentar el lamentable suceso, prueba evidente de la injusticia y barbarie del duelo. ¡Aquel joven, dotado de corazón noble, de inteligencia tan clara y simpática, interesantísimo y amable por su figura, por su trato, por las prendas todas de su alma, había quitado la vida á un infeliz inocente de todo delito que no fuera el ser tonto!... ¿Y por qué? Por unas palabras vanas, comunes y baldías, accidente de la voz y producto de la necedad; ¡palabras que no tenían valor bastante para que la Naturaleza permitiera, por causa de ellas, la muerte de un mosquito, ni el cambio más insignificante en el estado de los seres!

Pero ¡qué demonio!, la noticia la había traído Sáinz del Bardal. ¿No era el conducto motivo bastante para dudar?...

«Sí, sí — me dijo Lica —. Corre á enterarte en casa de Cimarra. José María salió muy tem-

prano. No le he visto hoy. Dijo que no volvería hasta la noche.»

¡Que todos los demonios juntos, si es que hay demonios, ó todos los genios del mal, si es que existe genio del mal fuera del alma humana, carguen con Sáinz del Bardal, y le puncen y le rajen, y le pinchen y le corten, y le sajen y le acribillen, y le arañen y le acogoten, y le estrangulen y le muelan, y le pulvericen y le machaquen, hasta reducirle á pedacitos tan pequeños que no puedan juntarse otra vez, y hasta lograr la imposibilidad de que vuelvan á existir en el mundo poetas de su ralea... ¡Valiente susto nos dió el maldito!... ¿De dónde sacaste, infernal criatura, que el escogido entre los escogidos, Manolo Peña, había quitado la preciosa vida al pobre Leopoldito, que por estar blindado de sandeces, como lo está de conchas un galápago, tiene en su inútil condición garantías sólidas de inmortalidad? ¿En qué fuente bebiste, poeta miasmático, peste del Parnaso y sarampión de las Musas? ¿Quién te engañó, quién te sopló, trompa de sandeces?

¡Si no pasó nada, si no hubo más sino que el filo del sable de Peña rozó la oreja derecha del espejo de los mentecatos y le hizo un rasguño, del cual brotaron obra de catorce gotas de sangre de Tellería! Y como la cosa era á primera sangre, aquí paró el lance y ambos caballeros se quedaron repletos de honor hasta reventar, y luego se dieron las manos, y el que hacía de médico sacó un pedacito de tafetán inglés y lo aplicó á la oreja de Leopoldito, dejándosela como nueva, y todo quedó así felizmente terminado para regocijo de la Humanidad y descrédito de

las malditas ideas de la Edad Media que aún viven...

Me contó todo el mismo Cimarra, extremando los elogios de la serenidad y generosa bravura de Manuel Peña. Faltóme tiempo para llevar la buena noticia á Lica, que se había tomado ya cinco tazas de café para quitar el susto. Doña Jesusa dió gracias á Dios en voz alta, Mercedes cantó de alegría, y hasta el ama, Rupertico y la mulata se alegraron de que no hubiera pasado nada.

Después de almorzar, entramos Manuela y yo en el cuarto de estudio para ver escribir á las niñas. Recibíonos Irene con vivo gozo. ¿Por qué estaba tan poco pálida que casi casi eran sonrosadas sus mejillas? La observé inquieta, con no sé qué viveza infantil en sus bellos ojos, decidora y de humor más festivo, pronto y locuaz que de ordinario.

«Perdóneme usted — le dije —, pero he tenido muchas ocupaciones, y no he podido traerle la *Historia en un papelito*.

— ¡Ah, qué tontería! No se incomode usted... No merece la pena... La verdad; no sé cómo usted me aguanta... Soy de lo más impertinente... En fin, como usted es tan bueno y yo tan ignorante, me permito á veces molestarle con preguntas. Pero no haga caso de mí. ¿No es verdad, señora, que no debe hacer caso?...

— ¡Oh, no! que trabaje, que le ayude, niña... Pues no faltaba más. ¿Para qué le sirve todo lo que sabe?

— Pero qué soso, ¡qué soso es! — dijo Irene mirándome y riendo, fusilándome con el fuego de sus ojos y haciéndome temblar con escalofrío nervioso —. ¿Ve usted cómo no quiere tomar

parte en la velada?... Lo que yo digo, es de lo más tremendo...

— ¡Jolhullo!

— Pues tiene usted que hablar, si señor. Mándeselo usted, señora; mándeselo usted, pues no hace caso de nadie...

— Pues sí, tienes que hablar, Máximo.

— Se deslucirá la fiesta si no habla — añadió Irene —. Ya le he dicho: «Si usted no abre el pico, amigo Manso, yo no voy», y la señora ha prometido llevarme á un palquito de los de arriba.

— Sí, iremos á un palquito de los altos, donde podamos estar con comodidad... Mamá dice que si hablas irá también.»

Una voz gangosa, lánguida, que arrastraba perezosamente las sílabas, resonó en la puerta murmurando:

«Tiene que hablar, si señó...»

Era doña Jesusa que pasaba. Y al mismo tiempo Isabelita se abrazaba á mis piernas y se colgaba de mis manos, chillando también:

«Tienes que hablar, tío.»

Miróme Irene de un modo terrible y dulce... Debí de mirarme como siempre, pero mi espíritu, desencajado en aquellos días, estaba dispuesto á la poesía y á las hipérbolas, y lo menos que vió en los ojos de la maestra, fué toda la miel del monte Hymeto mezclada á toda la amargura de las olas del mar... Y de estos océanos agridulces emergían, como náufragos que se salvan en una pastilla, estas palabras de acíbar y mazapán:

«Es preciso que hable..., tiene usted que hablar...»

XXIV

¡Tiene usted que hablar!

Pues tengo que hablar; no hay más remedio. Hay en sus palabras no sé qué de imperioso, de irresistible, que corta la retirada á mi modestia, y me deja indefenso y solo ante los ataques de los organizadores de la velada. Al fin sucumbiré. Es necesario hablar. ¿Y sobre qué?

Esto pensaba al retirarme aquella noche después de un paseo con Manuela, Irene y los niños, y cuando me acercaba á mi casa iba pensando qué orden de ideas elegiría para componer un bonito discurso. Lo mismo fué entrar en mi despacho y ver mis libros, que se encendió de súbito mi mente y de ella brotó inspiración esplendorosa. El saber archivado en mi biblioteca parecía venir á mí en rayos, como las voces celestes que algunos pintores ponen en sus cuadros, y yo sentí en mí aquellas voces, tonos y ecos distintos de la erudición, que me decían cada cual su idea ó su frase. ¡Qué admirable discurso el mío! ¡Panorama inmenso, síntesis grandiosa, riqueza de particularidades! Ocurrióseme la exposición del concepto cristiano de la caridad, uno de los más bellos alcázares que ha construído el pensamiento humano.

Yo analizaría la definición dogmática de aquella virtud teologal y sobrenatural por la que amamos á Dios por sí mismo y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Después